

DANIELLE TRUSSONI

LA
MEMORIA
DE LA
NIEVE



Cuando Alberta Monte, Bert, recibe una carta que la informa de una herencia inesperada, todo parece un cuento de hadas: acaba de heredar un título nobiliario y un castillo en Italia. Aunque al principio se muestra escéptica sobre su misteriosa familia aristocrática, decide aprovechar la oportunidad y cambiar su estresante día a día en Nueva York por unas lujosas vacaciones en los Alpes italianos.

Sin embargo, Bert pronto se dará cuenta de que su historia familiar es terriblemente complicada y de que su linaje esconde un oscuro secreto. Cuando comience a desentrañar los misterios de Montebianco comprenderá que su auténtica herencia no se esconde entre las paredes del castillo, sino en sus propios genes.

Con esta cautivadora novela gótica, Danielle Trussoni nos sumerge en un fascinante mundo de secretos familiares, revelándonos los misterios de la genética humana y un pasado que, aunque parezca olvidado, está siempre al acecho.

Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Epílogo

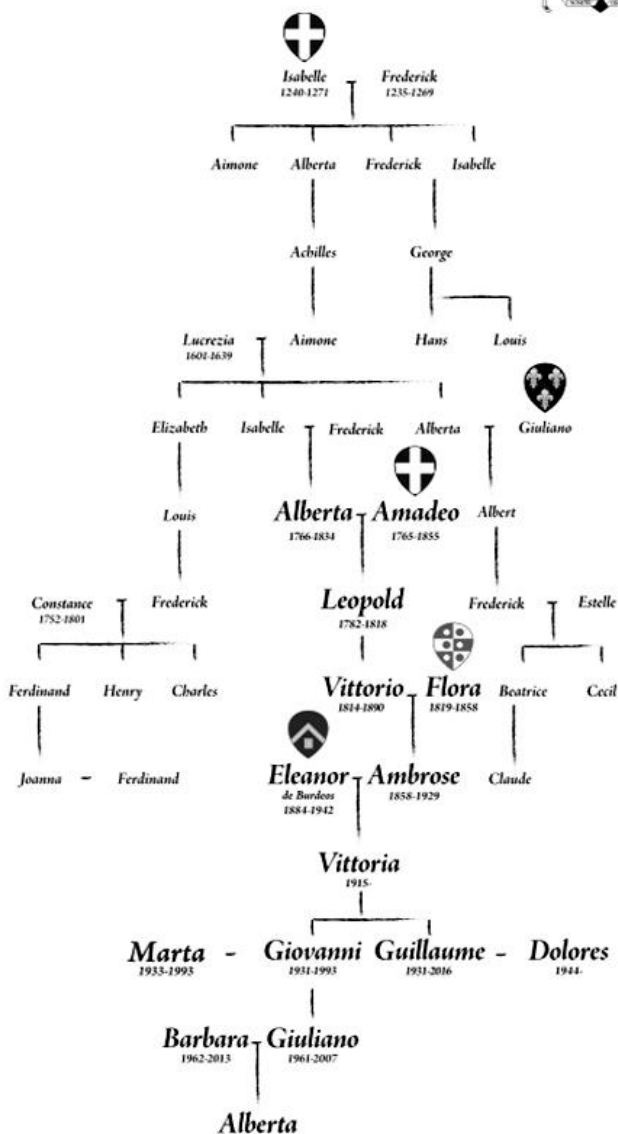
Una nota sobre la documentación

Agradecimientos

Sobre la autora

*A mis antepasados, cuyas vidas hicieron posible
la mía.
Y a Hadrien, por el futuro*

ÁRBOL GENEALÓGICO
DE LA FAMILIA MONTEBIANCO



1

En el siglo XXI descubrir que eres la heredera de un título nobiliario es como ganar una fortuna en la lotería, el Mega Millions o el premio gordo del Powerball, y enterarte después de que te pagarán el premio en francos o en liras: de repente eres rica, pero rica en una moneda que carece de valor en el mundo actual.

O eso me pareció a mí cuando supe que era la última descendiente viva de la antigua Casa de Montebianco, una familia cuyo poder, desde la Edad Media hasta la unificación de Italia en el siglo XIX, era inmenso; cuyos hijos varones, porque solo los hijos varones importaban en esas épocas tan poco ilustradas, habían librado guerras religiosas, se habían casado con princesas de poca importancia y habían engendrado hijos nobles, pero cuya fortuna (y fertilidad) había ido disminuyendo a medida que surgía el mundo moderno, lo cual me convertía a mí, Bert Monte, una mujer estadounidense de veintiocho años con escaso don de gentes y ningún conocimiento de la historia europea, en la única heredera sanguínea de unos dominios ancestrales en las montañas del norte de Italia.

Todo empezó temprano la mañana de un sábado justo antes de Navidad. Yo vivía sola, aunque las cosas de Luca seguían estando en casa. Se había ido llevando ropa a su nuevo piso poco a poco, semana a semana, unos vaqueros aquí, una camiseta allá, para intentar mantener entrecruzadas nuestras vidas. Su plan estaba funcionando: nos veíamos a menudo, y hasta habíamos ido a cenar y a ver

una película el mes anterior. Aunque llevábamos seis meses separados, y había sido idea mía que él se marchara de casa, me resultaba reconfortante tener a mi marido cerca. Habíamos estado juntos casi diez años y, a pesar de los problemas, que eran en su mayoría problemas míos, como ambos coincidíamos en admitir, me resultaba difícil imaginarme la vida sin él. Mis padres habían fallecido, y no tenía ningún hermano, ni tíos ni primos. Luca era mi única familia.

Hasta, claro está, que llegó la carta de Italia. Llamaron a la puerta y dejé de decorar el árbol de Navidad, un abeto de noventa centímetros adornado con espumillón y luces intermitentes, para ir a abrir. Era una fría y soleada mañana de diciembre, con el cielo tan brillante que el sobre centelleó en mis manos como un espejo. Firmé en un dispositivo móvil, le deseé felices fiestas al cartero y volví a entrar antes de ver que el sobre no iba dirigido a mí, Bert Monte, sino a alguien llamado Alberta Isabelle Eleanor Vittoria Montebianco.

Me senté a la mesa de la cocina y aparté el espumillón y las bolas navideñas para poder mirarlo mejor. El remite provenía de Turín, Italia. Una formación de coloridos sellos italianos flotaba en el margen superior derecho del sobre satinado. Las palabras «Alberta Isabelle Eleanor Vittoria Montebianco» figuraban escritas en el centro. Aunque todo el mundo me llamaba Bert, mi nombre de pila era Alberta, de modo que esa parte tenía sentido. Los demás nombres, sin embargo, eran un misterio.

Dudaba de si debía abrir algo que podía no pertenecerme, pero, después de todo, Alberta era mi nombre, y la dirección era la mía, así que sin darle más vueltas rasgué el sobre. Un grueso fajo de hojas tamaño A4 me cayó en la mano. La primera página estaba cubierta de caligrafía, y en su margen inferior derecho, brillando como una medalla por el primer puesto, relucía el sello dorado de un castillo suspendido sobre dos montañas. Tan solo el papel ya

era algo digno de verse: papel de lino de muy buena calidad, cremoso y denso, con la tinta impregnada en la fibra con la plumilla de una estilográfica. El texto era espeso y completamente ininteligible. Pasé las páginas tratando de encontrar algo que pudiera entender, pero aparte del nombre Montebianco, que aparecía casi cada dos líneas, me resultó del todo incomprensible. Sostuve el sobre en alto y recité el nombre en voz alta, Alberta Isabelle Eleanor Vittoria Montebianco, pronunciando con dificultad las sílabas, como un niño que aprende a leer.

Lo primero que pensé fue llamar a Luca. Él siempre sabía qué hacer. Lógico, responsable, sensato; esas eran las cualidades que me gustaban de él, y las cualidades que todavía nos unían, incluso después de los momentos difíciles que habíamos pasado. Conocía a Luca de casi toda la vida: habíamos ido a los mismos colegios; habíamos crecido prácticamente juntos, y él me conocía mejor que nadie. Había sufrido conmigo tras el último aborto espontáneo, y fue él quien me sugirió que fuera a terapia, se ofreció a acompañarme, incluso cuando era evidente que yo lo necesitaba más que él. Luca siempre había creído que con un poco de trabajo y de preparación, podríamos sobrevivir a cualquier cosa. Pero había algo seguro: ninguno de los dos podría haberse preparado para una carta como la de los administradores del patrimonio de la familia Montebianco.

Recuerdo estar sentada allí, en mi cocina, haciendo girar el sobre en mis manos. Entonces me invadió una sensación extraña, clara como una voz susurrándome al oído. Era una advertencia, una premonición de peligro. Ahora me pregunto, después de todo lo que he averiguado sobre la familia Montebianco y de todo lo que ha pasado desde aquel día nevoso de diciembre, cómo habría sido mi vida si hubiera tirado el sobre al cubo de reciclaje junto con la propaganda y los periódicos viejos. Pero no tiré la carta, y no presté atención a la creciente sensación de pe-

ligro que me recorría la espalda. Simplemente volví a introducir las hojas en el sobre, me puse la chaqueta y salí a buscar a Luca aquella mañana fría y radiante.

Mi marido era propietario de un bar llamado Miltonian, un local habitual en Main Street, en Milton, un pueblo fluvial de unos dos mil habitantes del estado de Nueva York situado a dos horas al norte de Manhattan. Había ido en coche al bar de Luca mil veces por lo menos, pasando por las colinas ondulantes y los manzanares, los cultivos de calabazas y los campos de maíz, los salones de manicura y los puestos de fruta junto a la carretera. Milton no se había visto afectada por la gran migración de Brooklyn que había revitalizado Hudson, Kingston o Beacon los últimos años. Era pequeña, con una población estática, lo cual nos iba bien a quienes crecimos allí, pero resultaba difícil para los propietarios de negocios como Luca, que necesitaban la actividad de una ciudad.

Aparqué en Main Street, delante del Miltonian. El bar de mi marido era un local pequeño y achaparrado de ladrillo con un letrero de cerveza de neón en el escaparate. Dentro se extendía una larga barra pulida del siglo XIX, una antigua mesa de billar con unas garras de grifo aferradas a la madera noble, una máquina de discos llena de viejos clásicos de *jazz* y una serie de lámparas bajas de cristal de la época de la depresión cuya luz difuminada lo cubría todo.

Entré y me senté en mi taburete favorito. Bob, mi futuro exsuegro, acababa de almorzar. Se puso el abrigo y me dirigió una rápida sonrisa.

—Está en la trastienda.

—Gracias, Bob —dije, y le di un beso en la mejilla cuando se marchaba. La madre de Luca había muerto cuando él estaba en quinto de primaria, y su padre y él habían tenido que apañárselas solos. A Bob le sabía tan mal la si-

tuación de nuestro matrimonio como a Luca, y yo lo quería por ello.

–Hola –dijo Luca, que volvía de la trastienda con un montón de botellas: Hudson Baby Bourbon, Curious Gin de Catskill, y otras que no alcancé a identificar. Le sorprendió verme ahí; no había estado en el bar desde nuestra separación.

–¿Quieres comer algo? –Llevaba días sin afeitarse, y la sombra de una incipiente barba rubia le cubría el mentón y las mejillas, confiriéndole un aspecto desaliñado que siempre me había parecido *sexy*.

–Una copa –respondí, dejando el sobre en la barra–. Un *gin-tonic* con extra de lima.

En el pasado no habría tenido que decírselo. Luca sabía lo que me gustaba beber y solía tenerlo preparado antes de que pudiera pedírselo. Pero últimamente, aquel hombre al que conocía de casi toda la vida me miraba como si me hubiera convertido en otra persona y como si todas las cosas que me solían gustar, como el café solo, los largos paseos junto al río, las novelas de suspense y los *gin-tonics* fuertes con extra de lima, pudieran cambiar igual que mi estado de ánimo.

Mientras preparaba mi copa, coloqué las páginas en la barra, alisé los bordes e intenté entender (sin lograrlo) una o dos palabras de italiano. Me parecían documentos oficiales, por lo menos la primera hoja, con su gran sello dorado y su colorida caligrafía.

–¿Has vuelto a estudiar? –preguntó Luca, depositando el *gin-tonic* y un bol de cacahuets en la barra.

Hubiera querido titularme en Educación de la Primera Infancia, e incluso llegué a finalizar dos semestres de un programa en el Marist, pero todo eso quedó en nada cuando perdí otro bebé, esta vez a los cinco meses, en una fase más avanzada que los demás, lo bastante desarrollado como para que supiéramos que hubiera sido niño. No soportaba leer sobre los hitos físicos durante el pri-

mer año de la vida de un bebé o el desarrollo del lenguaje de los niños pequeños, cuando estaba cada vez más claro que yo nunca podría tener hijos. Hasta entonces, nadie, ni siquiera Luca, había sabido cómo ayudarme a superar eso.

—No tiene nada que ver con los estudios —dije, mirándolo a los ojos. Se sirvió una pinta de IPA, algo que no era habitual: Luca no bebía en el trabajo. Pero esta vez se había dado cuenta de que necesitaba compañía, de modo que rompió la costumbre y me acompañó. Incliné mi copa hacia él a modo de brindis y tomé un trago de *gin-tonic*. El lento e inapelable subidón de alcohol, el inevitable flujo de sangre hacia mi cerebro me hizo sentir bien.

—¿De qué se trata entonces? —preguntó Luca, al tiempo que miraba los documentos expuestos en la barra.

—No estoy muy segura —contesté antes de dar otro largo sorbo a mi copa—. Me llegó hoy a casa.

—Parece italiano —comentó Luca, inclinándose hacia las páginas. Levantó el sobre y leyó en voz alta los floridos nombres italianos, cada uno de ellos como flores en una rama: «Alberta Isabelle Eleanor Vittoria Montebianco». ¿Quién coño es esa?

—Sé tanto como tú —respondí encogiéndome de hombros.

—¿Turín? —exclamó tras mirar el remitente.

Algo me vino a la cabeza, un recuerdo que surgía de un lugar recóndito:

—¿No eran de Turín nuestros abuelos?

—Eran de más al norte —precisó Luca—. Donde están los Alpes.

Nuestros abuelos habían nacido en el mismo pueblecito del norte de Italia. Habían inmigrado a la ciudad de Nueva York antes de la Segunda Guerra Mundial, habían vivido en una comunidad muy unida en Little Italy, y después, en los años cincuenta, se habían trasladado a Milton, atraídos por los jardines traseros y las buenas escuelas públicas. Luca y yo habíamos crecido a la sombra de esta mi-

gración: los elaborados almuerzos de los domingos que duraban toda la tarde, la educación en un colegio católico, el sentimiento de formar parte del mismo clan. Nuestra herencia era del norte de Italia, nuestra piel blanca como la nieve, nuestro pelo era rubio y nuestros ojos, de un palidísimo tono azul. Nuestra ascendencia se aferraba a nuestros genes como una faltriquera a una cadena, incluso cuando nuestros abuelos y, después, nuestros padres, perdieron su lengua y cultura maternas y se convirtieron en estadounidenses.

A pesar de la herencia que compartía con Luca, nuestras familias no habían sido íntimas. De hecho, siempre tuve la sensación de que no se caían bien, sobre todo la generación de los mayores, aunque no contaba con nada en concreto que respaldara esta idea. La abuela paterna de Luca, la *nonna* Sophia, nunca fue especialmente cariñosa conmigo, ni siquiera en nuestra boda. Cuando Luca y yo la llevábamos a la iglesia los domingos, como solíamos hacer antes de la separación, nunca se sentaba cerca de mí en el banco, sino entre su hijo y su nieto, como si pudiera pegársele algo de mí.

—¿Cómo está la *nonna*? —pregunté, toqueteando los documentos de la barra. La *nonna* había nacido en Italia, y se me ocurrió que era probable que pudiera ayudarme a descifrar la carta.

—A sus ochenta y seis años tiene una salud de hierro —respondió mientras cogía un puñado de cacahuetes.

—Nos enterrará a todos —concluí, con admiración y pavor a la vez.

—De hecho, no está demasiado bien desde la mudanza —comentó—. Mi padre dice que está de peor humor que nunca.

Aquel año Bob y Luca habían llevado a la *nonna* a un piso de Monastery, un complejo habitacional para jubilados situado junto al río. Fue todo un *show*. La *nonna* no quería dejar su casa, pero Bob había insistido.

–¿No le gusta estar ahí?

–Pues no. Es difícil acostumbrarse a un nuevo entorno.

–Algo en su voz me indicó que se estaba refiriendo más a él mismo que a su abuela—. Echa de menos su antigua vida, pero estará bien. Es fuerte.

Me miró a los ojos, y supe que estaba esperando que hablara de su vuelta a casa. Quería olvidarse de todo lo malo que había pasado entre nosotros. Quería empezar de cero.

–Estoy intentando superarlo –dije con un tono que no había querido imprimir a mi voz—. Ya lo sabes.

–Sí, sí –respondió con una dulce sonrisa—. Pero podría ser más fácil con algo de ayuda, ¿no crees?

Deslicé los documentos hacia Luca para que fijara su atención en el problema en cuestión.

–¿Crees que la *nonna* podría echarles un vistazo? Tal vez podría decirme de qué va todo esto.

–Podría –aseguró Luca, mirando de nuevo los documentos. Parecía tan intrigado como yo al respecto—. ¿Por qué no te pasas por Monastery a ver qué dice?

Me mordí el labio inferior, preguntándome si lamentaría haber metido a la *nonna* en aquel asunto. Las cosas entre Luca y yo ya estaban lo bastante complicadas como para involucrar a toda la familia. Quizá fuera hora de que solucionara mis problemas por mí misma, y más ahora que vivíamos separados.

–¿Crees que entenderá lo que dicen? –pregunté, aunque sabía perfectamente que lo entendería todo. Los mayores hablaban italiano todo el tiempo. Mis abuelos llevaban años muertos, pero aún recordaba la melodía de sus voces cuando hablaban su lengua materna.

–La llamaré –concluyó—. La avisaré de que vas.

2

El complejo residencial para jubilados de Monastery, situado a la orilla de un río, consistía en una inmensa estructura de ladrillo con bajantes de cobre, ventanas oscuras y un tejado de pizarra cubierto de musgo. Construido a mediados del siglo XIX, había alojado a sacerdotes católicos hasta los años ochenta, cuando un promotor inmobiliario lo dividió en veintidós pisos independientes, unos con vistas al río y otros que daban al bosque.

Aparqué cerca de la entrada y me quedé sentada en el coche mientras una oleada de ansiedad me recorría el cuerpo. La *nonna* era una mujer formidable, y yo le tenía algo de miedo, especialmente porque no la había visto desde que le pedí a Luca que se fuera de casa. Antes ya no es que estuviera loca por mí, y siempre había parecido despreciar a mi familia, pero ahora tendría un verdadero motivo para detestarme.

Me tranquilicé, me puse el sobre bajo el brazo y me dirigí hacia el mostrador de la recepción, donde un auxiliar de enfermería con barba anotó mi nombre y me condujo al piso de la *nonna*.

—Ha venido alguien a verte, Sophia —dijo. Me hizo pasar a la habitación antes de volver al pasillo y dejarme sola con la menuda y temible abuela de Luca.

Cuando comenzó la batalla por el traslado de la *nonna*, Bob había argumentado que la *nonna* estaría más cómoda en Monastery, que no era tan antiséptico ni estaba tan medicalizado como las demás residencias para jubilados,